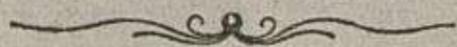


LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 142.—1.º de Febrero de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

A FERNAN FLOR.

Hace meses pedí á V. una limosna de publicidad á favor de los pobres heridos. V. alargó la mano tan generosamente, que el don no fue solo para ellos, sino que se estendió hasta mí. De aquellos elogios, que no merezco, conservaré un indeleble recuerdo de gratitud, porque fueron una impresion grata á un ángel en su agonía, y que pronto voló al cielo. V. no contaba con este beneficio: cuando se hace bien, lo mismo que cuando se hace mal, se va siempre mas allá de lo que se piensa. Al recibir hoy la espresion de mi agradecimiento, aplazada contra mi voluntad, verá V. que el tiempo no ha borrado la memoria de su accion caritativa.

Gijon 25 de enero 1876.

Concepcion Arenal.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña A. L. C. Los 400 reales que V. nos ha enviado, se han empezado á gastar en abrigos y se invertirán todos en lo mismo. ¡Que Dios oiga las bendiciones que le han echado los abrigados!

Doña V. M. de P. El gaban que nos ha remitido V., y que ha venido muy bien, es una nueva muestra de su constante recuerdo para los pobres. Le agradecemos, tanto como ellos, su buena memoria.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Damos las gracias á:

Doña Julita Hormaechea de Salvá, por hilas.

Doña C. S. de A., por hilas y trapos.

Doña Mercedes O'Nagten, por trapos.

Doña Teresa Tornos, por hilas.

Doña Emilia Mijares de Real, por hilas.

Dos Señoras, trapos y una sábana usada.

CARTA A UN DESCONSOLADO.

Mi querido X.....: Tu carta me contrista, me sorprende y me hace tomar la pluma con la avidez del profundo afecto que te profeso, para ver si, en la medida limitada de mis esfuerzos, puedo llevar algún consuelo á tu alma dolorida.

Me refieres tus desgracias acumuladas, tu amargura y tu desesperacion; y muy ofuscado debe estar por ellas tu claro entendimiento, cuando me dices que tu estado moral no tiene alivio posible, y que, por lo tanto, ni buscas ya ni esperas remedio, abandonándote á la desconsoladora inaccion del dolor, y esperando solo, como término de él, la hora de la muerte, que llegas á desear, ó al menos, crees de buena fe tener tal deseo.

Reconozco en esas lúgubres palabras el caracter de una desesperacion sombría que se ha apoderado de tu espíritu, pero no te reconozco á ti, alma viril que yo creia, y aún creo, bien templada para estas luchas dolorosas. Quede la desesperacion y el abatimiento para espíritus cobardes, incrédulos ó irreflexivos; el tuyo no es nada de esto: está ofuscado, no ve la luz de la fe y de la razon, y lo que se necesita es rasgar los velos que te ocultan estas dos antorchas luminosas.

Para conseguirlo, pobre y desautorizada es mi palabra, pero grande y sincero el afecto que te profeso, y fervorosa la buena voluntad con que quiero ocuparme de ese desconsuelo tuyo que me desconsuela á mí tambien. Oyeme, pues, con calma y sin preven-
cion.

¿Cuáles son tus desgracias?

Has perdido á tu anciano padre; has sido víctima de la perfidia

de un falso amigo, que ha hecho desaparecer la mayor parte de tus bienes y recursos; siendo inocente, te ves envuelto en un proceso criminal de caracter político, que te amenaza con la cárcel ó el destierro; tu antiguo padecimiento de gastralgia renace y te hace sufrir bastante. Me parece que nada olvido.

Pues bien; para procurarte algun alivio á ese cúmulo de desgracias, yo no voy á citarte textos evangélicos, ni á predicarte pura y simplemente la resignacion cristiana. Esta es indudablemente el consuelo por excelencia para todo; pero el alcanzarla por completo, requiere gran fe, y yo sospecho que la tuya ha flaqueado por ese mismo abandono y marasmo á que cobardemente te entregas. Si no fuera así, si conservases intacto el tesoro de la fe, entonces aplícala al cauterio de tus heridas, que nada como ella podrá mejor calmarlas y cicatrizarlas.

Pero, aun teniendo fe viva, y mucho mas si es débil, bueno es ayudarla con esfuerzos de la razon propia; y para convencer la tuya no creas que voy á abrumarte con textos de Santos Padres y citas de estóicos filósofos ó de vulgares médicos del alma. No: me parece que mejor que todo ese cortejo de consejeros, mejor que mis propias palabras, te han de servir las tuyas de otras épocas. Basta poner en ejercicio la facultad de la memoria: la tuya es buena; de la mia nunca he estado descontento: pongamos, pues, las dos en actividad para evocar recuerdos oportunos, algunos bien lejanos ya, porque ni tú ni yo somos jóvenes.

Hace años, amaneció para ti un dia bien triste. Habias pasado la noche á la cabecera de la cama de tu hija moribunda. Niña preciosa de doce años, con un rostro de angel y un corazon henchido de precocidad para la ternura y para el bien, era tu mayor tesoro en la tierra. Habias reconcentrado en ella toda tu vida de amor: despues de una primera juventud combatida por borrascosas pasiones, descansabas tranquilamente en el puerto salvador del cariño paternal: vivias la vida de tu hija; era tu presente feliz, y tu porvenir de las mas lisonjeras esperanzas.

De repente Dios, porque así convendria á los designios de su justiciera omnipotencia, pareció señalar esa niña á la muerte para que la hiciera su víctima: una fiebre escarlatina se presentó amenazadora y terrible; á su impulso, aquella tierna existencia se tronchó como débil caña azotada por el huracán, y en la noche que te recuerdo, la enfermedad habia hecho tales progresos, que los médicos nos dijeron que el nuevo sol solo alumbraria ya allí un cadáver. Tú

oiste esta fatal sentencia, caíste anonadado en mis brazos, y al ver que por los cristales del balcon empezaba á percibirse la ténue luz de la aurora de aquel dia en que ibas á quedar sin hija, brotó de tu alma un sentimiento de inmenso dolor, y me dijiste sollozando: *¡Qué no daría yo por retrasar ese dia que avanza! Dios mio, salva á mi hija, y sométeme, en compensacion de ello, á cuantas penas quieras imponerme.*

Dios te oyó: las previsiones de la ciencia fueron afortunadamente falaces. Cuando volvieron los médicos, el nuevo sol, que entraba ya en aquella estancia, no alumbró un cadaver, sino un cuerpo viviente que se reanimaba bajo una reaccion salvadora. El ángel, próximo yá á volar al cielo, quedaba en la tierra para tu felicidad, aunque acaso no fuese para la suya: á las veinticuatro horas estaba fuera de peligro; á los ocho dias estaba en próspera convalecencia.

Recuerda pues, amigo mio, tus palabras en aquella noche de afliccion. La desgracia parecia ya inevitable: Dios oyó tu fervorosa invocacion, y te libertó de aquel inmenso dolor. Tú dijiste: *Vengan penas, como no sea esta.* ¿Lo dijiste con sinceridad? Pues ahí está el fallecimiento de tu buen padre, que parece responder á aquel sacrificio que te imponías, pero con una grave diferencia.

Justo, justísimo es que llores esa pérdida. La de un padre no se reemplaza, y el tuyo merecia todo ese culto de respetuoso cariño con que le lloras. Pero tenia 78 años, y llevaba cuatro de estar esperando ya una muerte inevitable, por efecto de sus padecimientos. ¿Hay, pues, nada de extraordinario ni de inesperado en su fallecimiento? ¿No le has prodigado la mas esmerada asistencia? ¿No has presenciado las fases tristes, pero consoladoras tambien, de su tranquila y dulce preparacion á la muerte resignada y cristiana del justo? ¿No te enseña tu razon que esto debia inevitablemente suceder, mas pronto ó mas tarde? ¿No te dice tu fe que tu padre ha ido á disfrutar otra vida inmortal y envidiable?

Tu hija era tu porvenir; tu padre era tu pasado: la una era la esperanza, y empezaba á vivir; el otro era el recuerdo, y caminaba inevitablemente al sepulcro: morir una criatura de doce años, parece, ante nuestro falible criterio, tan extraordinario, como vivir despues de los ochenta. Ya, pues, que Dios te concedió el porvenir de tu felicidad, ¿por qué no resignarte á darle el pasado?

Verdad es que el egoismo de tu cariño quisiera retener á tu padre en la tierra, porque te es grata su compañía y ves en él la mano que te ha cuidado, dirijido y amparado desde la infancia; pero la fe y la razon deben calmar esa pena, y consagrar á la memoria del autor de tus dias un tributo de cariño resignado y un recuerdo respetuoso que supla á su presencia material.

Padeces del estómago. ¡Desgracia es! Si las penas morales son difíciles de consolar, también los dolores físicos suelen ser resistentes al bálsamo de las reflexiones consoladoras. Sin embargo, al sentir esos padecimientos, hay que pensar que son la condición ineludible de la vida humana. Si el organismo de nuestro cuerpo es un prodigio continuado, ¿por qué nos hemos de admirar de que tenga alternativas de algunos días de enfermedad tras de muchos años de salud? ¿Quién tiene razón para irritarse y rebelarse contra lo que es lógico, natural é inevitable? ¿No es más justo y razonable que las enfermedades nos hagan más agradecidos á Dios, porque nos recuerdan los muchos años trascurridos sin ellas, siendo tan fácil el contraerlas?

Además, también en este punto apelo de tus quejas actuales al tribunal de tus propias palabras de otros tiempos. Y volvamos á los recuerdos.

Eras tú muy joven; estabas en aquella edad crítica en que fermenta la sávia primaveral de la vida y sonríe el porvenir ofreciendo vasto campo en que fundar lisonjeras aspiraciones y proyectos de toda la felicidad posible. Tuviste una grave enfermedad en la vista: permanecieron tus ojos cubiertos durante muchos días, en una oscuridad, prescrita por la ciencia, para evitar, si era posible, otra oscuridad eterna. Tú tenías conciencia de ese gran peligro, porque no hubo en las personas que te rodeaban toda la prudencia necesaria para ocultártelo, y sondeaste el abismo de desgracia que se encerraba en la fatídica palabra *¡ceguera!* Recuerdo que desahogabas conmigo toda tu aflicción, y te rebelabas, con la violencia irreflexiva de los 18 años, contra la idea de vivir en una oscuridad perpétua. Yo trataba de prodigarte consuelos, y tú los rechazabas diciendo: *Como esto no hay nada: las mayores enfermedades no son comparables con la ceguera: yo cambiaria por todas ellas el peligro que tan de cerca me amenaza.*

Curaste al fin: tus ojos se abrieron de nuevo á la luz, y volvió á funcionar ese órgano tan indispensable para que haya alguna felicidad y goce material en este mundo. Si, pues, ahora tienes un padecimiento de estómago que te atormenta á ratos ó á días, piensa que es una débil compensación de la desgracia que iba en otro tiempo á afligirte perpétuamente, y que sería sobrada é infundada presunción el creer que hemos de pasar nuestra vida en un tranquilo mar de delicias, sin tempestades de males físicos y penas morales.

Además, eso de que los males físicos se sienten menos cuanto mayor es el valor con que se soportan, no es paradoja engañosa de médicos y de amigos. El verdadero valor, más que para arrostrar

un peligro estrepitoso y transitorio, se requiere y se prueba, sufriendo con buen ánimo la impresion punzante y callada de un dolor material y duradero que, cual enemigo cruel, se ceba mas en el ánimo tímido y abatido.

Otra de tus desgracias es que has perdido casi toda tu fortuna por perfidias ajenas. Comprendo que recibirias con sonrisa melancólica de desden mis consuelos sobre este punto, si los limitase á decirte simplemente que el ser pobre no es una desgracia, y que, al contrario, puede proporcionar felicidades que para los ricos están vedadas ó dificultadas. Tómate á ti mismo por ejemplo en apoyo de esa máxima consoladora, y así se formará mejor el convencimiento, teniendo por base esperiencias propias.

Cuando eras rico, ¿eras mas feliz solo por serlo? Comprendo que el dinero te proporcionaria goces materiales, regalos y comodidades; pero tú, que siempre has sido todo corazon y que tienes encarnado el idealismo aplicado á todas las expansiones de tu alma, ¿cambiarías por dinero tu inteligencia, que es el don mas precioso de Dios, la facultad afectiva de tu corazon, que es la base de las mas puras satisfacciones; tu reputacion honrada, que te conquista el aprecio y la consideracion del mundo; tu familia; tus amigos, que siéndolo verdaderos, forman una segunda familia; tus hábitos de laboriosidad y de conciencia; y tus inclinaciones á la resignacion religiosa? ¿De qué te serviría tener tus gabetas llenas de oro y de billetes de Banco, si carecias de todos esos elementos verdaderos de felicidad, y en cambio de ellos, surgian probablemente en ti las ambiciones immoderadas, las aspiraciones imposibles, el orgullo que seca el corazon, y el egoismo que sofoca todos los sentimientos tiernos?

Tienes sobrado talento para no comprender esta verdad y no conocer, por lo tanto, que la verdadera riqueza de la vida no consiste en un trozo de metal, al que los hombres han dado un valor grande, sino en otras muchas condiciones de la situacion de cada uno; que la pobreza es una cosa relativa, pues, si el pobre tiene contenidos sus deseos y cubiertas modestamente sus necesidades, es mas rico y duerme con mas tranquilidad, que el rico que vive en perpétua agitacion y con un presupuesto de ingresos, grande en apariencia, pero insuficiente las mas veces para cubrir sus fastuosas atenciones, que van siempre en aumento.

Tienes, finalmente, la desgracia de ese proceso criminal, aunque de caracter político, que te amenaza con la cárcel ó el destierro, á

pesar de tu inocencia, que yo reconozco completamente, pero que quizá la pasión política de los hombres no reconocerá.

Sobre esto, te diré que apliques á ti mismo lo que en mas de una ocasion hemos hablado juntos, con motivo de una situacion semejante de otro querido amigo de ambos. Bueno es tener excelente reputacion en el mundo y no tenerla manchada con procesos, penas y cárceles: no lo niego; pero mejor es tener la conciencia tranquila y satisfecha. Si los hombres, ó una parte de ellos, te juzgan con error y te condenan con injusticia, en tu conciencia ahora y en el juicio de Dios despues, tendrás una amplia reparacion.

Estar preso, sobre todo en nuestro pais, dadas las malísimas condiciones de nuestros establecimientos penales, es realmente una de las mas grandes penalidades que pueden sufrirse, sobre todo, por un inocente; penalidades que nadie le resarce cuando llega á ser reconocida esa inocencia y se le restituye la libertad, lo cual acusa verdaderamente á la civilizacion española.

Pero, prescindiendo de que no debes adelantarte penas, considerando ya preso, y de que, caso de estarlo, tampoco debes desconfiar por completo de la justicia de los hombres, te diré, sobre esto y sobre las demás desgracias tuyas, una observacion final, que es aplicable á todas ellas.

Tú no podrás desconocer, con tu buen talento, que en todos los sucesos prósperos ó adversos de nuestra vida ha de presidir el principio fundamental de la justicia, sin la cual la sociedad sería un caos. A esa base se subordina todo, y sobre ella descansan las creencias religiosas, en su mayor parte, y la regularidad de la vida social.

Ahora bien: atendido lo inquebrantable é indiscutible de la justicia divina, aun sin apelar á la fe, y mirándola solo bajo el criterio aislado de la justicia, sea divina ó humana, no podemos dejar de reconocer que ese principio trae consigo necesariamente una larga serie de compensaciones, no solo en la relacion de unos sucesos con otros, sino parangonando tambien nuestros propios actos ante el tribunal de la conciencia.

Admitido este principio, hay que ver en toda desgracia, bien dimanante de pobreza, de padecimientos físicos ó de dolores morales, un título acreedor para compensaciones felices, bien sea en esta vida ó en la otra, á fin de que se cumpla la gran ley justiciera; así como, en las felicidades humanas, hay que ver tambien el peligro de tristes compensaciones de otro género, si las personas que disfrutaban esas venturas, no se hacen merecedoras de tal privilegio, por la compensacion tambien de buenos sentimientos y de buenas obras en favor de los desventurados.

Respecto al cotejo con nuestros propios actos, ¿podemos llegar á cierta edad, promedio ya natural de la vida, sin tener satisfacciones que dar ante el tribunal de nuestra propia conciencia, por faltas repetidas en esa larga escala de imperfecciones humanas, que principia en la simple debilidad ó negligencia, y concluye en el crimen, y que abraza, en otro concepto, desde la indiferencia irreflexiva hasta el egoísmo cruel y bien meditado? Ciertamente que no, dadas las condiciones de nuestra frágil naturaleza. Por muy buenos que nuestro amor propio nos haga creer que somos, la voz severa de la conciencia, recorriendo toda nuestra historia desde la niñez, no nos absolverá de toda culpa, y teniéndola, hay que ver en las desventuras que nos afligen una compensacion que debemos soportar en aras de la justicia.

Ya ves, por lo tanto, que de cualquier modo que se consideren las desgracias, hay mucho de preocupacion, de cobardía y de rebelde injusticia en creernos inmerecedores de ellas, en irritarnos contra la Providencia que nos las envía, en considerarnos víctimas especiales y extraordinarias del dolor, cuando este es pension inevitable de toda la humanidad, y en abandonarnos á un abatimiento que ningun bien nos produce, ó á una desesperacion que nos produce una verdadera agravacion de los padecimientos.

Levanta pues, amigo mio, esa frente abatida. Echa una mirada al mundo, y ¿sabes lo que verás, si aciertas á examinarlo con espíritu pensador y sereno? Verás á tu alrededor desgracias mayores que las tuyas, que te quitan ese monopolio doloroso de que te quejas; y sobre esto, y por encima de todo lo humano, verás un poder divino, justiciero é inapelable, que sabe lo que hace, y que no hace nada sino para el bien, aunque nuestra limitada inteligencia no lo ha de comprender.

Tuyo de corazon,

Antonio Guerola.

LA MANO TREMULA.

La noche es fria y oscura: el viento que pasa sobre la nieve, penetra por las mal ajustadas puertas de una habitacion donde, próximos á un buen fuego, están sentadas dos personas; un hombre que no es joven y una muger anciana. Esta, mas cerca de la lumbre, hace pantalla de su mano descarnada y temblorosa, mirándola con una espresion y una inmovilidad, que, á tener vuelta la palma, diríase que supersticiosamente queria leer en ella su suerte futura. Ni una palabra, ni un gesto; solo su frente se contrae alguna vez por un movi-

miento involuntario, como la ondulacion de la tierra en cuyo seno hay un volcan. Su compañero la observa largo rato en silencio, que rompe al fin, diciendo:

—¿Qué ven tus ojos en esa mano, que con tal fijeza la miras?

La muger, despues de aquel estremecimiento propio de quien está á solas con su pensamiento, y le sorprende la presencia de alguno que habia olvidado, responde como un eco:

—¿Qué ven mis ojos?

—Sí, que ves en esa mano, que parece atraer y concentrar toda la actividad de tu espíritu. ¿Quieres leer en ella tu porvenir?

—¡Porvenir! La vejez no le tiene; no hay para ella mas que presente y pasado; sobre él meditaba. Esta mano huesosa, cubierta de piel apergaminada, tan inútil para toda labor y tan fea de ver, me trae á la memoria aquella manita redonda, sonrosada, suave como la hoja de una flor, con que acariciaba el rostro de mi madre; aquella mano dócil que se ejercitaba en todos los aprendizages de la existencia; aquella mano fuerte y hermosa, pronta al trabajo y al auxilio, siempre dispuesta á la penosa tarea y á compartir el peso de toda pesada cruz; aquella mano firme para sostener al que vacilaba, y para levantar al que habia caido; aquella mano que estrechaba calurosamente la amistad; que besaba prosternado el amor; que con un movimiento podia determinar la felicidad de alguno sobre la tierra, y que se levantaba al cielo con esperanza. Esa mano que tan bella y tan firme abrió el libro de la vida, es la misma débil y arrugada que hoy le cierra. Ya no puede hacer ni ruda labor, ni tiernas caricias, ni ser sosten de nadie, ni dicha de ninguno. Por eso la miraba fijamente, diciendo en mi interior; cuán inútil eres, mano débil, que cualquier peso abrumba, mano vacilante, que ya no puedes servir de guia, mano descarnada y yerta, que te estienes hácia tantas tumbas queridas, como desposada de la muerte.

—¡Anciana! Tu vida es sin duda triste, pero ninguna debe de ser inútil. En todas las situaciones hay medios para conseguir altos fines. La mano trémula puede todavía bendecir y enjugar lágrimas.

Gijon 24 de enero de 1876.

Concepcion Arenal.

COSER PARA LAS TIENDAS.

He aquí la única esperanza de la mujer honrada, al ver ennegrecerse por momentos el horizonte de su porvenir y acercarse insensiblemente dias de triste adversidad.

Coser para las tiendas: esta es la respuesta que dan las hijas cariñosas al elocuente y desconsolador, ¿qué hacemos? en que la afligida madre de familia sabe compendiar toda una situación desgraciada, cuando la duda se apodera del pensamiento y el ánimo desfallece.

Esta es la proposición que, con voz balbuciente y húmedos ojos, hace siempre la virtud al infortunio de la mujer, lo mismo á la humilde hija del obrero, á quien cupo la suerte de nacer en modesta cuna, que á la aristócrata dama que ve desvanecerse en un mes, en una hora, á causa del tiempo ó del azar, por necesidad ó por imprevisión, sus galas, sus trenes y su envidiado lujo, convenciéndose, al perderlos, de que son polvo miserable que arrastra caprichoso el viento de la desgracia, humo que se disipa en el horizonte sin dejar más que una huella pasajera y ténue, luz instantánea, relámpago brillante, que apenas si se nota, por la rapidez con que nace y muere en las negras sombras.

Coser para las tiendas, último consuelo de ciertas aflicciones, recurso á que acude la infeliz viuda, la desamparada huérfana, la hija del enfermo, la esposa del cesante, la pobre madre, todas esas mártires que recorren su angustioso calvario silenciosamente en el reducido cuarto interior ó en la miserable boardilla, con los ojos fijos en la costura día y noche, punto tras punto, pieza tras pieza, con la febril impaciencia de la necesidad más absoluta, trabajando sin descanso con heroica y sublime resignación, lo mismo á la luz del sol, que al reflejo pálido de la económica lámpara de aceite mineral.

Cuando la pobreza asedia á la mujer y se ve estrechada por la desgracia, hace frente al vicio y á la miseria, que la presentan traidor y desigual combate, con un arma pequeña, diminuta, pero invencible: «la aguja.»

Su brillo solo basta para ahuyentar tan poderosos enemigos.

Es el precioso talisman que el trabajo pone en manos de la mujer, saliéndola al paso en el camino de la desesperación; es la luciente espina del martirio, que hace brotar sangre en los dedos y enrojece los ojos con largas horas de vela, pero conserva inmaculada, virginal y hermosa la sagrada pureza del alma.

¡Cuántas escenas conmovedoras é indescriptibles tienen lugar en esos oscuros y humildes santuarios de la virtud «donde se cose para las tiendas!»

La anciana que, con pulso tembloroso por el sufrimiento y los años, apenas puede enebrear la aguja, y con ayuda de las gafas y su buena voluntad procura auxiliar á las aplicadas trabajadoras que preside; la hija que, en un momento de cuidadosa impaciencia, arranca

la labor de manos de su madre temiendo se resienta su vista; las hermanas que se disputan la mas grande tarea, alegando en pró de su mejor derecho razones de mayor resistencia física; el anciano paralítico, sellando el trabajo de su ángel tutelar con un beso y una lágrima; la infantil alegría con que la inocencia celebra la conclusion de una prenda; la llegada de la fiel criada, resuelta vecina ó señora compasiva que viene «de entregar,» y ofrece el mas santo de los trabajos, el mezquino y «regateado» precio de tantos sacrificios, tantas noches en vela y tantas privaciones. ¿Dónde existen cuadros de sentimiento mas bellísimo, colores mas simpáticos y entonacion mas moralizadora y ejemplar?

¡Asociaciones benéficas, damas ilustres, opulentos filántropos, acordaos alguna vez de estas secretas pobrezas, de estos verdaderos asilos de triste miseria! No hagais el bien buscando para practicarle la ostentacion del mal con todo el aparato de sus rutinarias exhibiciones; sorprended ese verdadero mal, que no es aparente, y existe; esparcid vuestros beneficios en torno de esos pobres é infortunados séres de la clase media, á quienes las clases elevadas no compadecen, y las clases bajas desprecian; amparad á esas infelices y heróicas mujeres que, con una abnegacion sin igual, saben sufrir, con la aguja en la mano y el pensamiento en Dios, horas de terrible amargura, momentos de hambre, enfermedades sin asistencia y agonías de muerte sin consuelo; patrocinaid la virtud en su lucha titánica y desigual con el vicio; dejad un momento los vergeles del mundo, y ganando la áspera pendiente de la solitaria y empinada senda que recorren, llenos de fe, incansables viajeros que van en busca de la pátria celestial de las almas, tended una mano protectora al cansancio que vacila y á la fatiga que se postra en tierra.

Como todo se ha falsificado en este mundo, hay pobres «fraudulentos,» cuyos ingeniosos mecanismos varían hasta lo infinito; que, al propio tiempo que engañan á la caridad, se la roban artera y criminalmente á los que son verdaderos acreedores á ella, usurpándoles la esquina de la calle, el átrio de la iglesia, la peticion domiciliaria y tantos otros desgraciados recursos.

La muger de la clase media no puede pedir limosna, porque su honra es un cristal tan frágil, que la primer moneda que en él resuena lo rompe y lo pulveriza, arrojando sus fragmentos á la calumnia y la difamacion.

La clase media no sabe tampoco pedir limosna, porque un defecto de constitucion la impide pregonar sus desventuras en el mercado, distrayendo la curiosidad pública á cambio de unos cuantos ochavos, y porque la emocion no la deja explicarse.

Huérfana de todo amparo, pide proteccion al trabajo, se refugia en un rincon del mundo y, allí olvidada, «cose para las tiendas.»

Para terminar os voy á dar un consejo.

¿Quereis no veros en el triste caso, quereis no llegar al extremo de tener que coser para las tiendas? Pues huid de ellas.

Abrazaos á la modestia, rechazad la vanidad, y no tendreis que purgar pecados económicos de larga reparacion social.

Quien frecuenta mucho esos hermosos establecimientos, esos grandes templos de la moda, acaba muchas veces por depender de ellos.

El lujo, al ver acercarse á la mujer, considera que hace un reto á su grandeza.

Empieza la lucha; crece el frenesí; tras la sencilla elegancia, viene el boato inusitado, y tras una posicion desahogada, el despilfarro y la ruina.

Es la lucha del mas inferior de los pigmeos con el mas colosal de los jigantes.

Vence el lujo: y la muger, si no quiere ser esclava del vicio y la corrupcion mas degradante, tiene que resignarse á la esclavitud del vencedor.

Esquivad, queridísimas lectoras, esa batalla que todos los dias y á todas horas se repite, y concluye necesariamente con vuestra derrota.

Manteneos, pues, en el rango en que os encontrais, sin superfluidades ni vanas ostentaciones; no pretendais salir de vuestra esfera ni extralimitar vuestras naturales circunstancias con locos devaneos.

«Contentaos con la suerte que Dios os haya dado,» y sereis felices. «Vivid satisfechas teniendo lo necesario,» y sereis ricas.

José del Castillo y Soriano.

(Del Porvenir de Sevilla.)

CUADROS DE LA GUERRA.

XVII.

El mar ruge y rompe en incesante hervidero, contra las rocas; parece un mónstruo que en la oscuridad de la noche quiere lanzarse sobre la tierra desolada.

Muy desolada está la tierra que socava allá en las costas del Norte. Cadáveres hay en las playas, sangre llevan los rios, se apagó el faro guia del mísero navegante, que, al buscarle en la tempestad, ve la luz siniestra que precede á la detonacion de las armas de fuego. Allí están, vueltas hácia el mar por los que no les basta ensangrentar la tierra, por los que no respetan los derechos del pobre marinero inerme, ni aun los del atribulado náufrago..... ¡Gente perversa!

El mar bramando en noche oscura, parece armonizarse con aquellas conciencias tenebrosas, con aquellas iras desencadenadas por el odio. Pero no, el mar es grande, y ellos, los malos, son miserables y pequeños; acompañe sus gritos impíos el graznido de los pájaros que viven de carne muerta, no la voz sublime del Océano.

No lejos de la playa donde se encorvan sus alas, un hombre vela, aunque ya es hora de entregarse al sueño, y como si la agitacion del mar se comunicara á su espíritu, se sienta, se levanta, vuelve á sentarse, cual si no hallara descanso en el reposo, ni distraccion en la actividad.

¿Qué tendrá? Motivos de pena no le faltan al que habita una triste ciudad, que cercan enemigos en armas y de continuo la ensangrientan. El hombre pacífico, es tambien soldado. En aquella habitacion que á largos pasos recorre, donde se queda como clavado, mirando fijamente al suelo ó á la pared en que está el relój, allí donde no habia en otro tiempo mas que instrumentos de prosperidad y medios de instruirse, hay ahora máquinas de muerte. Su espada y su revolver indican que toma parte activa en los combates; su trage, que tiene un mando en la milicia ciudadana. No le ha bastado su corazon tierno. su horror á la sangre, su amor á la paz, para no verse envuelto en la lucha impía de una guerra civil. Todos estaban amenazados, todos se armaban, no para el ataque, sino para la defensa; todos corrian peligros. ¿Habia de esquivarlos él, dejar un vacío de esos que no se llenan sino con riesgo de la vida, y que defendieran la suya, como si fuera una muger, otros mas esforzados, que juzgán-

dole hombre de honor, le habian hecho el de conferirle un mando? Mal convecino, mal ciudadano y mal caballero fuera si tal hiciese; y no lo hizo, y aceptó la distincion y el peligro, y armó su brazo, debilitado por los años y los dolores, para defender la ciudad donde habian muerto sus padres, donde habia nacido su hijo.

¡Su hijo! Es bien entrada la noche y no ha vuelto aún. ¿Dónde estará? ¿Cómo no piensa en lo que su tardanza aflige al amoroso anciano, que no tiene en el mundo mas consuelo que él, que mira con angustia pasar los minutos que le parecen horas, las horas mas largas que dias, temiendo todos los peligros que pueden rodear al joven, y todas las faltas que puede cometer? Muy grave es la de afligir al que tanto le ama; insensato, si no la comprende; perverso, si á sabiendas la repite. Porque, ó no debe ser la vez primera que está ausente de su casa á la hora del descanso, ó se une á su tardanza algun otro motivo de alarma para el que con tan dolorosa impaciencia le espera, atento á todos los ruidos que le parecen ser el de sus pasos: cuando ve que se engaña, inclina la cabeza abatido, ó contrae la frente airado, pensando en las palabras severas que, cuando venga, ha de dirigir al culpable.

Llega este al fin; el consuelo de verle y saber que no le ha sucedido mal, cambia el enojo en alegría, y la reconvencion es bien amorosa y suave. Responde á ella el mancebo con mas señales de confusion que de arrepentimiento, y al observar la mirada oblicua y torba que evita la franca y serena de su padre, diríase que ha ejecutado algun mal hecho, ó que le medita. Los dos se retiran; el anciano está tan fatigado, que se duerme. Pero es breve el sueño de la vejez afligida, y no tarda en despertar. Deja el lecho, y encarga silencio á los criados, para que no turben el descanso del que se recogió tan tarde.

Pasan horas; han pasado tantas, que es mas de mediado el dia, y el mozo no sale de su habitacion. ¿Le habrá dado algo? ¿Estará enfermo? piensa su padre. No. Los muchachos necesitan dormir mucho, y diciendo esto, se tranquiliza, ó lo procura al menos. Pasan mas horas, su inquietud se gradua, ya es demasiado dormir; lástima da interrumpir su sueño, pero verá cómo duerme, entrará en puntillas para no despertarle, y en efecto, se dirige al cuarto de su hijo y entra. Da algunos pasos, mira en todas direcciones, le entra un temblor convulsivo, se deja caer en un sillón, y con el rostro cubierto con las manos, y respirando dificilmente, permanece inmóvil mucho tiempo. Al fin, levanta su cabeza, y fija los ojos espantados en todos los objetos que le rodean, como el que hubiera caido en un abismo y quisiese cerciorarse de su horror y profundidad.

Su hijo no está allí: la cama está intacta; no se acostó. Hay cenizas de algunos papeles que se han quemado. De la ropa exterior, no faltan mas prendas, que las que tenia puestas; alguna interior debe haber llevado, por el desorden en que están los cajones de la cómoda, abiertos. Falta el revolver, un pequeño saco de viage, y no tiene moneda alguna un bolsillo donde solia poner el dinero, memoria de su madre, que, ya enferma, le habia hecho para regalárselo un dia de su santo. ¡Su madre! Murió, y fue bien dichosa. Sobre la mesa hay una carta para su padre, que la coge temblando, y tiene que sentarse para leerla. Por ella sabe que su hijo, no solo le abandona, sino que va á tomar las armas para defender la causa que combate su padre. No le pide perdon, invoca impiamente nombres sagrados que profana, y hasta se atreve á hablar de conciencia, el miserable!

El anciano quema la carta, como si quisiera destruir con el fuego aquella vergüenza y aquel crimen; despues queda inmóvil y en silencio muchas horas. Una vieja criada, que cuando niño tuvo en sus brazos al mónstruo, le trae una taza de caldo, le dice que es ya muy entrada la noche, y no le dice mas. Todos en la casa suponen dónde ha ido el fugitivo y que no volverá; todos fuera lo saben: como siempre, al mal hecho, precedió el mal pensamiento, alguna vez revelado con palabras imprudentes, que si no llegaban á oidos de aquel á quien interesaban mas, á muchos llegaron, como viles precursoras de una accion infame.

El anciano tardó muchos dias en poder dejar el lecho, muchos en atreverse á salir de su habitacion y andar por aquella casa tan horribilmente vacía, con un vacío peor que el que deja la muerte; muchos en poder salir á la calle, y arrostrar la vergüenza de tener un hijo, que, á su parecer, manchaba su nombre tan honrado; creia que desdeñosamente iban á señalarle con el dedo, y escarnecer sus canas. Se equivocaba. La ciudad no era tan infeliz, que tuviese esos desenfrenados egoismos de las grandes tribulaciones, siendo lo bastante para entrar en sí, y apartada de las puerilidades de la dicha, comprender muchas cosas graves y santas que enseña la desgracia. La del padre abandonado, inspiró compasion, y tan general respeto y simpatía, que nadie le preguntaba por su hijo, le hacian compañía, le buscaban ocupacion, y cuando pasaba por la calle, los grupos le abrian paso con respeto, y le saludaban personas que nunca le habian saludado.

Solo Dios sabe lo que pasaba por su alma; él á nadie se quejó. Su vida exterior volvió á su acostumbrada regularidad, y le creian resignado los que no conciben la desesperacion, mas que desgredada, vocinglera y ociosa.

Un día sonó el cañon de alarma, y acudió con sus vecinos á defender la ciudad amenazada. Un amigo y compañero le dijo:

—Yo no sé si deberias estar aquí.

—Lo he pensado mucho, respondió; y creo que debo estar. El suicidio es vil, el sacrificio es noble. Mi cuerpo puede servir de escudo á un hombre dichoso; la bala que me dé la muerte, perdonar la vida de alguno para quien sea un bien, que tenga hijos que le amen, y que le lloren..... Además, no puedo creer que esté aquí..... es imposible..... absolutamente imposible..... enfrente..... no.....

El fuego mas próximo y nutrido, interrumpió el diálogo. El anciano cogió un antejo para observar el campo enemigo. De repente se desploma como derribado por un rayo. Acuden á socorrerle, retíranle de la línea de combate, van á registrar la herida..... la buscan en vano: no hay en su cuerpo ninguna. Murmura «le he visto..... le he visto.....» y muere, sin maldecir al parricida.

Gijon 24 de enero 1876.

Concepcion Arenal.